

mud bien la m...

CUARTA PALABRA

QUE HABLÓ EL SEÑOR EN LA CRUZ.

*Dios mio, Dios mio: ¿por qué me
has desamparado!*

DESPUES de haber cumplido el Salvador con todas las finas atenciones de Redentor del mundo, pedido ya el perdón para los pecadores, y elegida su santísima Madre por madre de todos ellos, comenzaron en lo interior de su alma á avivarse las penas y hacerse mas intensos los dolores. Exhausto ya y consumido por la falta de sangre, empezán los demayos y agónías de muerte: la imaginacion le aviva la memoria de las ingraticudes de los hombres: aquí se le representan las gravísimas ofensas de los malos; las tibiezas y flogedades de los

malos: y viendo y robando buenos: y por otra parte, viendo intuitivamente el infinito amor del Padre con el hombre, la rebelde obstinacion de los impios, el olvido de finezas tan grandes, el magro de su pasión santísima, los pocos que habían de aprovecharse de su Cruz y de su muerte; los innumerables que se habían de condenar, el dolor de su Madre Santísima, el temor de sus tristes discípulos y las crueles persecuciones de su esposa la Iglesia: juntos todos estos motivos con sus tormentos y dolores, con la Cabeza traspasada por la corona de espinas, las sienés taladradas con sus agudísimas puntas, oscurecidos los ojos con el polvo y la sangre, rasgada la espalda por los azotes, oprimido el pecho, rotas las manos y los piés (¡oh Jesús mio, infinito en dolores como inmenso en paciencia!) de esta muerte pidió á su Padre la salvacion de todo el

mundo: y viendo aquel decreto eficaz del Eterno, de que solo se habian de salvar los escogidos; y que su Sangre y su muerte se frustrarian en innumerables almas que se habian de perder, empezó con este mayor tormento á agonizar en su alma, aumentandose mas este profundo sentimiento, cuando vió que cerrando resueltamente su Padre el decreto, lo dejaba padecer sin consuelo, con tantos tormentos en el Cuerpo como dolores en el Alma; y viéndose así desamparado hasta de su Eterno Padre, por que tanto merecian los pecados que cargaba en su Cruz, se angustió de tal suerte con tan sensible y amargo desamparo, que rompiendo en un triste y doloroso gemido, se quejó á su Eterno Padre diciendo: ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me has desamparado?

¡Oh mi, amabilísimo Jesus! La causa de tu desamparo, Señor, han

sido mis culpas. ¡Ay alma extraviada! mira el terrible desamparo que padece el Hijo de Dios por tu perdicion; tiembla de que Dios tambien á tí te desampare; tiembla, sí, por que desamparado de Dios no tendrás á quien volver los ojos. ¡Por qué, pues, quieres perderte! *Ut quid!* Responde, si puedes, á Jesus, que agonizando te pregunta desde aquella cruz: ¿Por qué te has de perder y malograr mi sangre y tu redencion? ¿Por qué te has de condenar? *Ut quid!* ¿Por cosas tan viles de la tierra! ¿Por unos intereses tan caducos que se desvanecen como el humo? Ea; respondele alma, desecha en dolor y llanto: ¡Ay mi Jesus! ¿Por qué, Señor, me he de perder estando tú pendiente de esa Cruz por mí? ¿Por que me he de condenar derramando tú por mí esa preciosísima Sangre? ¿Por que la he de malograr? No, no haré tal. Sal-

va y mayor congoja le affigia; y así

34
vador mio; díganlo ya mis ojos; díganlo mi dolor y arrepentimiento: no me desampares mi Jesus, por tu tristísimo desamparo.

Aqui se postran para meditar sobre esta palabra. Entre tanto se canta la siguiente.

SAETA.

Desamprado se vé
De su Padre el Hijo amado:
Ah maldito mi pecado;
Que de esto la causa fué!
Quien quisiere consolar
A Jesus en su dolor,
Diga de veras: Señor,
Me pesa; no mas pecar.

Luego para pedir al Señor no nos desampare, se dirá por cinco veces:

Jesus dulcísimo, por tu santísimo desamparo, no nos desampares en la vida ni en la muerte.

ramos de amor; y deshaciendo en ternura nuestro corazon, a

Luego á Nuestra Señora una vez:
María, Madre de gracia, y misericordia; en la vida y en la muerte, amparanos Señora. Y en seguida: Creo en Dios. & c.

QUINTA PALABRA
QUE HABLÓ EL SEÑOR EN LA CRUZ.

Sed tengo.
QUE entendimiento habrá, que alcance los motivos que avivaron la sed de nuestro dulcísimo Salvador en este trance? Pegada al paladar aquella lengua, instrumento de tantas maravillas; secos aquellos labios amorosos con la amargura de tantos tormentos, exhaustos de sangre y de sudor, era indecible la sed que con nueva y mayor congoja le affligia; y así

con ronca pero tierna voz, exclamó:
Sitio, sed tengo. ¡Oh dulcísimo Je-
 sus! ¡Qué sed es la que tanto os fatiga
 y atormenta! ¡Qué sed ha de ser! sed
 insaciable de mas tormento por nues-
 tra salud; sed ardentísima de almas:
 como si dijera: en este afan y agonía,
 no tengo otro consuelo que el que
 me den mis queridos hijos con sus lá-
 grimas de arrepentimiento. ¡Ea al-
 mas amantes de Jesus! llorad, llorad
 sí, que árido y sediento está vuestro
 Redentor agonizante. ¡Quién dará,
 Señor, algun alivio á vuestra sed de-
 jando de pecar y doliéndose en el alma
 de haber pecado! *Sitio*, sed tengo.
 ¡Oh mi Jesus! ¡Quién os la alviará?
 Quien te vuscaré una oveja perdida:
 que esa es la sed que te atormenta;
 sed de ganar almas. Pues yo, Señor,
 os vuscaré almas y enseñaré á los ru-
 dos y pequenuelos, vuestros caminos;
 yo exhortaré á los malos con la pa-

ramos de amor; y deshaciendo en
 la ternura nuestro corazon, a-

labra; y al ejemplo, convertiránse mu-
 chos. *Sitio*, sed tengo. ¡De que es-
 tais tan sediento, oh Jesus mio! De
 amor y mas amor. Pues bien; mi-
 rad, Señor, que habeis de tener un e-
 jército de Vírgenes, de Mártires y de
 Confesores, que han de morir al im-
 pulso de vuestro encendido amor: de
 un inmenso amor ha de morir vues-
 tra Santísima Madre: de un exesivo
 amor han de morir, vuestra querida
 Magdalena y vuestras esposas Cata-
 lina, Lugarda, Teresa y otras inume-
 rables. *Sitio*, sed tengo: de mas a-
 mor, que el mio no tiene límite: pues
 almas, á morir de amor con Jesucris-
 to, que así apagareis su sed. *Sitio*
 sed tengo: ¡de qué, Señor! de qué se
 salve el mundo: pues consolaos, que
 vuestros apóstoles y discípulos os con-
 vertirán reinos enteros y almas á mi-
 llones. *Sitio*, sed tengo: vengan mas
 almas. Mirad, Señor, que vuestros hi-

jos Domingo y Francisco os ganarán innumerables hasta el fin del mundo; que el inflamado Ignacio, os traerá innumerables hereges, gentiles y pecadores; y su hijo, el gran Xavier, os ha de conquistar con su celo un nuevo mundo. *Sitio*. sed tengo; vengan mas y mas almas y pecadores arrepentidos. ¡Oh pecadores endurecidos! mirad la insaciable sed que tiene Jesus de vuestra salvacion, y vosotros que tábios y flojos estais y, que sedientos de riquezas, vanidades y placeres ilícitos, que os llevan á la perdicion.

Basta ya de pecar: desatad las fuentes de vuestras lágrimas y llorad vuestras culpas, que así mitigaréis la sed de nuestro Redentor. ¡Quién os podrá aliviar, oh buen Jesus, si el amor no dice basta! Sed vos mismo el alivio de vuestra sed, concediéndonos una sed ardiente de morir antes que ofenderos. Muramos, pues, almas; mu-

ramos de amor; y deshaciendo en llanto de ternura nuestro corazon, aliviémosle su sed ardiente con lágrimas de arrepentimiento y dolor. *Aqui la meditacion como en la anterior.*

SAETA

Sed, dice Cristo que tiene:

Mas si qu'eres mitigar

La sed, que le llega á ahogar,

Darle lágrimas conviene.

La hiel que brinda un ministro

Si la gusta no la bebe:

¡Como quieres tú que pruebe

La hiel de tu culpa, Cristo!

Entego para aliviar la sed al Sr. se le ofrece el corazon diciendo cinco veces lo siguiente:

Jesus mio, dulcísimo y sediento,

mi corazon te entrego. *y en seguida*

Creo en Dios, espero en Dios, &

se acabó el ofenderte; ya se acabó mi

SESTA PALABRA

QUE HABLÓ EL SEÑOR EN LA CRUZ.

Todo está ya consumado.

YA se acabaron, de cumplir las profecías de las antiguas escrituras: ya se perfeccionó el fin de los decretos de Dios; ya se han pagado á la Divina Justicia las deudas de los pecadores: ya se ha comprado por su justo precio, el premio de la bienaventuranza para los justos: hechas están ya las paces entre Dios y los hombres: se ha dado fin al cautiverio del demonio, y principio al triunfo de la gloria: ya nuestro dulcísimo Jesús está en el último trance, agonizando con terribles desmayos, después de haber cumplido los oficios todos de Redentor: está ya á las puer-

ofenderos. Muramos, pues, almas; mu-

tas de la muerte, ofreciendo por los pecadores su dulce vida.

Entrate alma, en lo interior de su memoria, y verás presentes todas las peticiones que al Padre Eterno han de hacerse hasta el fin del mundo: todas las encamina Cristo; y por El y por su muerte, se otorgan los memoriales todos. Ya está concluido el despacho de las altas disposiciones del mundo hasta su fin; y de esta muerte sacratísima, depende la restauracion de las sillas del Cielo.

Mira á aquel gran Señor viendo en este trance con su alta sabiduría, todas tus batallas y tentaciones, tus cuidas más secretas, tus más ocultos pensamientos, los sucesos todos de tu vida, tus riezgos todos de pecar y condenarte. Mira como aplica á tí y para tí toda su Pasion y muerte, como si tú solo fueras el motivo único de su amor. Dale infi-

se acabó el ofenderte; ya se acabó mi

nitias gracias por el amor tan particular que tuvo, como si no hubiera otro alguno en el mundo. Aquí es cuando le concede su Eterno Padre la salvacion de aquellos grandes pecadores que se nos refieren en las historias, y las proezas heroicas de los Santos: aquí es donde dá valor á sus apóstoles, fortaleza á los mártires, pareza á las vírgenes, esfuerzo á los confesores y penitentes: aquí es cuando vé los campos llenos de cosechas de justos, erigidos sus templos, pobladas las religiones, demolidos los ídolos y enarbolada por todas partes la bandera triunfante de su Cruz, que hará recibir la luz á todas las naciones, salvandose aun las mas bárbaras. Y al ver el cumplimiento de los altos fines de su redencion, como que se recogió en lo interior de su corazon, á ver si le faltaba algo que hacer ó padecer

ofenderos. Muramos, pues, almas; mu-

por los pecadores. *Quid ultra debui facere et non feci!* ¿Qué debí yo hacer por los pecadores, y no lo hice? ¿Qué me falta que hacer! ¡Oh Redentor amabilísimo! Nada te queda que hacer: llegado has á la cumbre mas alta de la caridad y á la última raya del amor: cuanto pudo hacer tu amor tanto has hecho y padecido.

Viendo pues el Salvador que nada le faltaba ya que hacer en ohedecimiento de su Padre y remedio de los pecadores, levantó la voz, y con generoso afecto dijo: *Consumatum est:* ya todo está concluido; todo está consumado. Bendito seas, Redentor de mi alma, por tan inmenso beneficio y caridad. Dame, Señor por tu Sangre preciosísima, que pueda yo tambien á mi vez, decirte con verdadero arrepentimiento: ya todo está acabado; ya se acabó el ofenderte; ya se acabó mi

nitias gracias por el amor tan parti-

escándalo; ya terminó mi vida de torpezas; ya todo está concluido por tu amor.

¡Ay alma! ¡como estaría en este instante aquel corazón y voluntad de Jesucristo! ¡Qué fuegos, qué finezas, que ternuras! Este es el tiempo de lograr vuestro amor, pues está Jesús ardiendo de amor. Ya está, dice, consumado todo; ya no me resta mas: hasta aquí pudieron llegar mis amarguras; ya el fuego consumió hasta donde pudo; ya hierve el corazón dentro de mi pecho en su mayor incendio. ¡A la hoguera, pues, corazones amantes; al pecho de Jesús, helados pechos! tibios corazones, ya todo está concluido; pecadores insensibles, ya todo ha acabado; ya está la llama en punto, arrojaos á la hoguera del corazón de Jesús; amor y mas amor; arder y mas arder.

¡Así sea, mi Jesús! acabe hoy tam-

bien mi corazón desecho en dolor y abrasado en tu amor.

Aquí la meditación; y entre tanto se canta la siguiente

SAETA.

Con voz quebrada tu Dios

Habla ya muy desmayado:

Y dice que del pecado,

La redención consumó.

Ya Jesús se ve expirar

Ya Jesús se ve morir;

¡Quién pues, no llega á rendir

La vida con el pesar!

Luego, en acción de gracias por haber perfeccionado el Señor nuestra redención, se dirá cinco veces lo siguiente: Gracias te doy, Señor, por que perfeccionaste mi redención; sea, mi Jesús, para mi salvación. Luego se dice: Creo en Dios, espero en Dios &

nitas gracias por el amor tan parti-

SETIMA PALABRA.

PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO
MI ESPIRITU.

EN esta postrera palabra nos dá nuestro amorosísimo Redentor, el último documento de su amor, enseñandonos el acto mas importante y sublime para la hora de la muerte; este es arrojarse y ponerse todo con rendida confianza en manos de Dios, como en manos de nuestro Padre. A morir enseña Jesucristo; aprendamos, cristianos, lo que es la muerte, de la de nuestro Salvador. Oh que trance tan terrible y tan árduo! al acercarse á él un Dios hombre, se inmuta su Sagrada Humanidad, pierde su color el semblante, se acardénan los labios y todo el cuerpo se estremece con las fatigas y agonías. Aun

aquel clamor grande y esforzado con que ya para expirar encomendó su espíritu en manos del Eterno Padre que le podía librar de la muerte, fué acompañado de tiernas lágrimas. *Cum clamore válido et lacrimis.* Esto es morir un hombre Dios. ¡Y mirais, hombres, la muerte con tanta indiferencia! ¡Mortales sois, y vivís tan sin cuidado! ¡Cuan insensibles os mostrais á la consideracion de momento tan tremendo! Almas, mirad en Jesus, lo que es agonizar: ved lo que es morir. Qué batallas, qué fatigas, qué dolores, que tance tan amargo! ¡Y como hay cristiano que deje para entonces sus disposiciones entre tanta amargura! ¡Como hay quien deje para entonces entre tantas fatigas, el negocio mas serio y difícil de la salvacion! ¡Ay horas de agonía: quién podrá ponderaros! ¡Qué batallas las de la separacion del Alma de Jesus de

su Sagrado cuerpo! Miraba el Alma en aquel cuerpo, á su fino compañero; miraba la union estrecha en aquella carne pura de María; y al querense arrancar, era tan dolorosa la separacion, que hizo demudar y estremecerse toda la Sacratísima Humanidad. ¡Oh duro golpe, que hace estremecer à un hombre Dios! Mas bendito seas, mi Jesus, que os pusiste en estas agonías, para darme una saludable leccion en mis penas. Vos, Señor, las pasasteis, para suavizar las amarguras de mi muerte.

Estando pues, en este trance nuestro Redentor, hizo silencio y pidió atencion á los mortales, con aquel clamor grande y valiente, dando á entender que ya queria morir: y para enseñarnos el modo mas seguro, antes de espirar encomienda su espíritu en manos de su Eterno Padre, diciéndole con gran reverencia: PADRE, EN

ros labios y todo el cuerpo se estremeece con las fatigas y agonías. Aun

VUESTRAS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU. ¡Oh que enseñanza tan alta y divina!

Cristo en este acto honra á su Eterno Padre con el mayor honor que se le puede dar, porque poniendo su espíritu en manos del Padre, le muestra su inmenso amor, su firme confianza, su profunda humildad, su total sumision; pues se entrega todo á su disposicion y providencia, como á Padre fiel, justo, santo y poderoso, que no puede faltar jamás á quien se fia en él, sin dejar de ser asilo infalible de misericordia y seguridad, en cuyas manos el alma que se le encomienda, no puede dejar de ser feliz para siempre.

Así nos enseña Cristo á morir, con el acto mas sublime de su doctrina, ¡Oh Padre Eterno, Justo y Santo! con el Sagrado Espíritu de tu amabilísimo Jesus, encomiendo tambien mi espíritu en vuestras manos; recibeme Señor, desde ahora para siempre; mirame agonizando entre tantos riezos de ofenderte, mirame batallando entre mis tentaciones y caidas; no me dejes perecer, pues con tu dulcísimo Hijo Jesus, pongo mi espíritu en tus manos en el tiempo de mi vida y en la hora

vida.

de mi muerte. A tí encomiendo Señor,
cuanto tengo, cuanto soy. Ten miseri-
cordia de mi.

*Aquí la meditacion y entre tanto se
santa la siguiente*

SAETA.

A su Eterno Padre ya
Su espíritu le encomienda:
Si tu vida no se enmienda
¿En qué manos parará?
En las tuyas desde ahora
Mi alma entrego, Jesús mio:
No me mires con desvio,
En aquella fatal hora.

*Se evitará despues la ternura de los
fieles con la siguiente consideracion de
lo que pasó al espirar el Señor.*

Habiendo nuestro Redentor encomenda-
do su Espíritu á su Eterno Padre, reco-
noció se iba acercando la hora de espirar,
y para que todo el mundo conociese que
moría espontaneamente y por obedien-
cia voluntaria al Padre, no menos que
por amor á los hombres, dió finalmente

mece con las fatigas y agobias. Aun

á la muerte licencia de llegar: pero an-
tes de morir, para mostrar que no era la
muerte la que le obligaba á inclinar la
cabeza, sino el peso inmenso de su amor,
él mismo, antes de espirar la inclinó dul-
cemente sobre el pecho, significando asi
su obediencia al Eterno Padre, su pro-
pension y benevolencia á los hombres, su
pobreza y humildad; pues no tenía en la
cruz donde inclinarla, y la gravedad de
de nuestras culpas que con su peso se la
oprimian y hacian morir. La inclinó tam-
bien á la tierra ingrata, para despedirse
de ella y darle con su último aliento,
como al principio del mundo, espíritu de
nueva vida. La inclinó tambien para lla-
mar con esta seña a los pecadores á su
amor, convidándolos á las ternuras y
finezas de su pecho. La inclinó finalmen-
te á su dulcísima Madre María, que es-
taba al pié de la cruz, para hacerle es-
ta profunda reverencia y despedirse de
ella, dirigiéndole su último suspiro, y
para enseñarnos, que nadie puede salir
bien del mundo, sino encaminando á Ma-
ría y por María, el último aliento de su
vida.

Bendito seas, Maestro de mi vida, por los misterios de la sagrada inclinacion; y por lo que en ella me enseñó tu infinita caridad.

Inclinada así tan misteriosamente la cabeza de nuestro amorosísimo Redentor, comienza á inmutarse y estremecerse todo su sagrado cuerpo. La muerte comienza á despojar el color a su hermosísimo rostro; le eclipsa los ojos, le afila la nariz, le pone cardenos los labios, le marchita las mejillas y le desfigura el semblante; le eleva el pecho y va disminuyéndole la respiracion; y al reconocer todas las criaturas insensibles que su Criador va á espirar, el Sol y el cielo se entuban, la Luna se ensangrienta, gime y tiembla la tierra, y todo el mundo se conmueve. ¡Ah Jesus mio! Esperad un poco, Señor, que yo tambien quiero morir con Vos: muramos juntos; que si vos morís de amor por mí, yo quiero morir de amor por Vos. No quiero vivir ya, si he de volver á ofenderos y crucificaros.

Ya llega y se apresura la hora: bien puede morir oh mi amabilísimo Redentor, que todo el Cielo y la tierra estan en espec-

tacion de vuestra muerte. Con los brazos abiertos espera el Eterno Padre para recibir vuestro Espíritu; la esperan los angeles para celebrar vuestra victoria; los santos padres del limbo para ilustrarse con vuestra vista en gloriosa libertad; los justos todos para rendirte eternas gracias y alabanzas; y a la esperan tambien los pecadores, con el firme propósito de no seros mas ingrato; la espera finalmente, todo el mundo, para renovarse, y los hombres todos, para verse redimidos de la esclavitud de la culpa.

Accede pues el Señor a los suspiros y deseos con que todo el mundo espera su muerte, y se rinde a sus ansias; y entre amores y ternuras para con los pecadores, entrega su Espíritu al Eterno Padre y su vida y sangre, por el remedio de todos los hombres.

¡Oh Jesus! Dulcísimo! ¿la hora se acerca; muere, muere para cumplir la redencion; y cuando estés con tu Eterno Padre, pídele, Señor, que siempre estemos contigo; que viviendo y muriendo en tu gracia, logremos un dia los frutos de tu preciosísima sangre, pasion y muerte.

¡Oh Dios altísimo! ¡Oh Magestad incom-
 comprensible! Solo vos, Señor, podeis co-
 nocer y apreciar la muerte de vuestro hi-
 jo y nuestro Redentor Jesucristo. El hom-
 bre lo oye y se queda insensible, ciego,
 sordo y mudo. Vé morir a su Dios y no
 suspira ni se enmienda, cuando su Dios
 muere por que él no muera eternamente
 en el infierno. ¡Oh que cargo tan tremen-
 do! Oh viérnes santo! ¡Oh tres horas de
 agonía! ¡Despertad, mortales, vuestra fe
 adormecida y aletargada. Muere vuestro
 Dios por vuestros pecados, ¿y no hay al-
 guno que muera de dolor por haberle ofen-
 dido, ó de amor por habernos él tanto
 amado? ¡Oh cielos! prestadnos vuestro do-
 lor para morir hoy con nuestro dulcísimo
 Jesús, de amor y sentimiento.
 A morir, almas, con Jesucristo; a morir
 de amor y dolor de haberle ofendido.

*Antes de las tres se canta el Credo, y
 en dando las tres, que es la hora en que
 el Señor espiró, se termina con un fervo-
 roso acto de contrición.*

Ya murió mi Redentor,
 Ya murió mi Padre amado,
 Ya murió en la Cruz clavado
 Mi Dios, mi Padre, mi Amor.
 ¡Ay, Ay, Ay! Triste de mí!
 ¡Ay, Ay, Ay! Mi corazón!
 Rompete de compasion,
 Que Jesus murió por tí.

FIN.